

RECENSIONES

RAFAEL BERNAL: *El fin de la esperanza*. Editorial Calpulli.
México, 1948. 191 págs.

Rafael Bernal parecía haber olvidado la dirección que ahora acusa en su producción literaria. Su primer libro, *Santiago Oxtolipán*, la biografía de un pueblo, de una aldea de México, agregaba un matiz nuevo y un estilo, quizá impreciso, pero ya apuntando los perfiles de hoy, a la literatura social, tan espontánea en México. Luego publicó, con mayor o menor éxito, tres o cuatro novelas policíacas o de aventuras. Novelas donde persistía el hilo de ironía, tenso siempre en su obra. Pero este último libro, que, según apreciamos por los comentarios, ha causado sensación en el medio intelectual mexicano, está sacado de la más húmeda zona «Social», y ya no es, como *Santiago Oxtolipán*, el predominio de lo irónico, la burla indirecta, pero flagelante, sino el imperio dolorosamente sostenido de lo trágico. Novela social o, dicho con más justeza, novela política, donde Rafael Bernal asume su propio estilo de sobrio y objetivo narrador, pero con gran superación y maestría —de tal modo, que toda su prosa anterior queda muy abajo de *El fin de la esperanza*—, y nos hace vivir los últimos e intensos capítulos de la historia de México, reflejándolos sobre tres generaciones de un linaje campesino. Este linaje, esta familia es la protagonista, aunque, en realidad, la técnica de Bernal en el desarrollo de su obra es que los protagonistas se sucedan y vayan ocupando en relevo el primer plano. Es interesante anotar que en esta dialéctica del desarrollo la sucesión se hace por línea de mujer, de la abuela a la nieta, ya que la muerte se encarga de ir suprimiendo a los hombres, con lo que Bernal logra una fidelidad mayor todavía a la «vida».

a esa vida dramática y terrible del campesino mexicano, fuente de poesía y de plástica trágicas y trascendentes, como nos lo demuestran novelas como *Los de abajo* o pinturas como las de Orozco y Rivera.

La novela tiene vida propia, auténtica y, además, autóctona. Pero el fondo, digamos musical, del teorema popular es la historia de las reformas sociales y políticas del último medio siglo mexicano y sus consiguientes revoluciones. «Boías» las llama el pueblo.

La primera esperanza —apunta el autor— surge al estallar la revolución contra Porfirio Díaz. El pueblo se levanta contra la explotación liberocapitalista del régimen porfiriano. En «Galeras», la vieja gran hacienda del interior, las palabras demagógicas y sus ofrecimientos llegan tan retrasadas que las acompaña una especie de maldad burlesca. Los peones ven llegar no el anhelado cambio social, sino el encarecimiento de la vida por la revolución, y con ello la miseria y el hambre.

Pero la historia prosigue y se suceden las guerras, una de ellas la cruzada Cristera, con su verdad gloriosa y heroica y con sus mezquindades tristes. Cada conmoción produce un reflejo, un aletazo de sombra o de sangre en el hilo de vida de aquellas familias del campo. Luego llega Cárdenas y el reparto ejidal con toda su terrible interioridad de demagogia, matanza y explotación. La burla de la justicia social. Pero por un momento parece dar salida a aquel tremendo anhelo contenido del pueblo, cuando se cruza, para colmo trágico, la «afetosa», la conocida enfermedad del ganado que, por imposición del Gobierno de los Estados Unidos, obliga al Gobierno de México a la más dantesca matanza de ganado que conoce la historia de Hispanoamérica. El dolor de los hombres de la tierra, el significado del sacrificio impuesto (inútil, por cierto, aunque decirlo sea sangriento), es el trasfondo del último capítulo, por cuyo escenario transcurren las nubes preñadas de tempestad de los años finales: milicias agrarias, sinarquismo, hambre, braceros, emigración hacia los Estados Unidos, etc.

Pero toda esta historia política, que a grandes trazos he descrito, tiene la gracia poética de aparecer en la novela vitalmente adherida a las personas. No hay un fondo postizo

y teatral. Nada de telones. México se hace sangre, con su historia dura y creacionista sólo comparable a la de las grandes culturas en sus etapas primitivas de creación. Por ejemplo: Troya. ¡Lástima que sea tan poco conocida en sus formidables trasfondos la gran gesta de los pueblos nuevos transatlánticos!

Por haber realizado una creación de autenticidad, los imborrables personajes de Bernal se asoman a su propio mito. «La vieja» —la abuela, v. gr.— puede encarnar «la tradición» o, mejor dicho, la encarna con su figura azotada por los más tremendos vientos históricos. «La Vieja», en la novela, no muere y aguanta todos los capítulos del dolor y del hambre, casi ya sin memoria, pero al final todavía comprende que el niño, el último niño del linaje abatido, es lo que importa. Luego Hipólito, el que tiene aún un resto de raciocinio europeo para colocarse en equilibrio, para evitar dificultades, es también tirado por el hilo de su linaje al trapiche triturante de la tragedia.

¡No cabe el equilibrio, no caben síntesis en las grandes y apasionadas etapas constituyentes de la Cultura!

Bernal —por más que algunos críticos se lo han dicho— no es pesimista. En verdad, Bernal no interfiere la vida de sus personajes. Presenta un cuadro vivo, muy documentado, conocido, que le pertenece con dolor. Y nosotros, que sabemos la ideología «sinarquista» de Bernal, comprendemos mucho más admirativamente su autenticidad novelística en esta obra.

En esto consiste la vitalidad política de la novela de Bernal. Crea una realidad viva tan poderosamente manifiesta que el lector, inmediatamente, toma ante ella una actitud militante.

Sólo en la novísima novela norteamericana encontramos antecedentes a esta «manera» de novelar, un poco ajena e irónica, objetiva y hasta marginal que, por reacción, produce más hondura, más percepción y más pasión en el lector, si éste tiene sensibilidad.

Ese estilo de cronista (¡tan genealógicamente americano!), sobrio, mesurado (y hasta frío) es el arma ingeniosa de Bernal para dar una de las más severas estocadas críticas a la «Re-

volución» mexicana, sin aparecer en su novela como un doctrinario en plan de predicador embozado.

Repito que no hay pesimismo en la novela de Bernal. La obra ha logrado su éxito: Ser una novela notable y fiel. Y en su independencia artística provocar la reacción personal del lector. Por este camino es por el que debe llegarse a la novela política.

PABLO ANTONIO CUADRA